

Llegar al lugar correcto

Getting to the right place

Fernando Bárcena*

Recibido: 30 de noviembre de 2024 Aceptado: 1 de diciembre de 2025 Publicado: 31 de enero de 2025

To cite this article: Bárcena, F. (2025). Llegar al lugar correcto. *Márgenes, Revista de Educación de la Universidad de Málaga*, 6(1), 112-119. <https://doi.org/10.24310/mar.6.1.2025.20908>

DOI: <https://doi.org/10.24310/mar.6.1.2025.20908>



Fernando Bárcena

RESUMEN

Llegamos al lugar correcto cuando nos encontramos con alguien que, como ocurre con los maestros, nos descubre quiénes somos y nos ayuda a crecer; no se limita a enseñar lo que en la sociedad ya hay, sino que nos lo pone delante para que lo estudiemos con atención y precisión. Cuando enseña, el maestro se hace signo y voz, y lo que transmite no es simplemente un cuerpo unívoco de información. Su enseñanza es el acto mismo destinado a movilizar el deseo (de saber) en otro, para hacerlo crecer, y llevarlo hacia sí mismo, desplazándolo, conmoviéndolo, abriendo mundos. El maestro transmite, sobre todo, lo que no dice. Su comunicación es indirecta, y a menudo parece que en la transmisión del saber hay una clase de engaño que adopta la forma de la ironía, un juego de ocultamiento y exhibición. Cuando el maestro transmite, convoca, como exigencia imperiosa, la necesidad de traducción de sus lecciones, que son siempre modos de dar a leer. Sin embargo, en la escuela de nuestros días parece impedirse cada vez más a los maestros ser tales —es decir, estudiantes y estudiosos—. Es interesante volver a pensar, en tal sentido, la relación con lo que se estudia, y que luego es transmitido, como el centro que instituye la figura humana del maestro, en general el oficio docente, lo que hace del adulto que eligió tal oficio un cierto ejemplo de humanidad para sus alumnos, tal vez para la ciudad.

Palabras clave: maestros; discípulos; relación educativa; eros pedagógico

ABSTRACT

We arrive at the right place when we meet someone who, as with teachers, discovers who we are and helps us to grow; they do not limit themselves to teaching what is already there in society, but place it before us so that we can study it with attention and precision. When they teach, the teacher becomes a sign and a voice, and what they transmit is not simply a univocal body of information. Their teaching is the very act destined to mobilize the desire (to know) in another, to make it grow and bring it to itself, displacing it, moving it, opening worlds. The teacher transmits, above all, what they do not say. Their communication is indirect, and it often seems

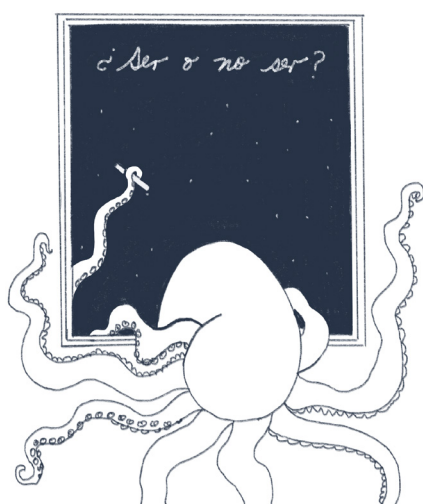


*Fernando Bárcena [0000-0002-8982-8028](https://orcid.org/0000-0002-8982-8028)
Universidad Complutense de Madrid (España)
fernando@edu.ucm.es



that in the transmission of knowledge there is a kind of deception that takes the form of irony, a game of concealment and exhibition. When the master transmits, they summon, as an imperious demand, the need of translation of their lessons, which are always ways of giving to read. However, in today's schools, teachers seem to be more and more prevented from being teachers—that is, students and scholars. It is interesting to rethink, in this sense, the relationship with what is studied, and then transmitted, as the centre that institutes the teacher, in general the teaching profession, which makes the adult who has chosen this profession a certain example of humanity for their students, perhaps for the city.

Keywords: teachers; disciples; educational relationship; pedagogical eros



Para la mujer que, siendo todavía casi niña, soñó con tierras lejanas y pudo, finalmente, cumplir su sueño. Para ella, consciente de que es hija de la tierra, y que cuando camina solitaria fuera de la ciudad va dejando, como semillas, parte de su alma entre praderas, valles y montañas.

No hay tanta contradicción entre el momento de la teoría y el de la práctica. En realidad, es la capacidad de pensar lo que las pone en contacto. Si la teoría ilumina, también puede hacerlo la práctica, pero pasar de las tinieblas a la luz requiere, no solo la pausa de la contemplación, sino un intermediario elegido en el seno de una relación única. Ese mediador se sitúa a medio camino entre la ignorancia y el saber, y su papel consiste—como dice Platón a propósito de *Eros*— en empujar el alma hacia lo más alto, porque su misión es hacer crecer. En su más elevado grado, el pensamiento nos vuelve teóricos y sabemos que en el corazón de toda contemplación siempre habita la posibilidad de una acción. Al estar abierto a lo real (al mundo), se ve violentado y forzado a seguir pensando; no hay pensamiento sin algo que nos fuerce a pensar y que hiera el espíritu o que en él resuene. En la escena educativa primordial, el mediador—para nuestro caso, el maestro— es el que presenta las contradicciones al espíritu del pupilo, el que lo da a pensar, a leer, a estudiar, es un signo de contradicción. Como dijo Gusdorf: «La presencia del maestro interviene como un signo de contradicción, que desenmascara en cada uno las incapacidades secretas, devolviendo así a la confusión y a la

vergüenza de aquellos que parecen los más seguros de sí [...] El encuentro del maestro consagra un cuestionamiento de la existencia» (Gusdorf, 2019, p. 128). Al mismo tiempo que calma, incomoda e inquieta: provoca.

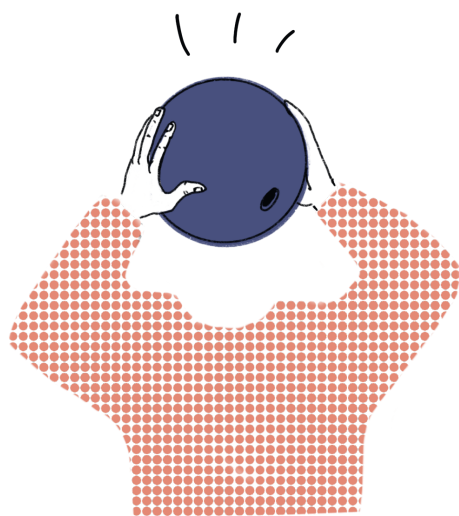
Recurramos a la literatura un momento para explicarnos mejor. La profesora se llama Elisabeth Finch, y el curso que imparte a sus alumnos —de edades comprendidas entre los veinte y los cuarenta años aproximadamente— se llama «Cultura y civilización». Su tono es claro, sosegado y preciso en su intención. Dice que no piensa acribillarlos con gráficos ni muchos datos, que solamente engordan innecesariamente. «La próxima semana —declara— les proporcionaré una selección de lecturas totalmente opcional; ni perderán nota por ignorarla, ni la ganarán por estudiarla sin descanso» (Barnes, 2023, p. 11). Pueden leer o no leer, ellos verán. Pero una cosa parece clara, y así se lo hace saber:

Les daré clase como a los adultos que sin duda son. La mejor forma de educar, como sabían los griegos, es la colaborativa. Pero ni yo soy Sócrates, ni ustedes una clase de Platones, si es que es ese el plural correcto. No obstante, dialogaremos (Ibid., p. 11).

Como ya no están en el colegio ni en el instituto, hay gestos que sobran: ni «blandos gestos de aliento» ni «flojas palmaditas en la espalda». Esa profesora no pretende ser la mejor profesora del mundo, pero tratará de hacer las cosas lo mejor posible y que la materia les parezca interesante (incluso divertida), aunque rigurosa. Ella espera de sus alumnos lo mismo: rigor. El narrador de esta novela de Julian Barnes no tomó ninguna nota de las palabras de su profesora, como tampoco el resto de sus compañeros. No recuerda qué enseñó aquella primera clase, pero, y esto es importante, supo «de un modo difuso, que por una vez en la vida había llegado al lugar correcto» (Ibid., 12). Para el narrador, esta primera clase será inolvidable. Se han sentado las bases de un fuerte vínculo educativo y afectivo. Ha llegado al lugar correcto.

Fuera de este entorno que acaba de describirse, en la vida social y en otros lugares escolares, «rápido» y «fácil» son palabras habituales, las que definen algunos modos pedagógicos de parte de la educación contemporánea.

“En la vida social y en otros lugares escolares, «rápido» y «fácil» son palabras habituales”



Son dos términos profundamente aliados con la lógica del mercado, según la cual el alumno tiene que completar su itinerario de formación siguiendo un plan previsto y decidido de antemano. Nuestro mundo tecnológico y digital no ayuda, más allá del indudable servicio que determinadas tecnologías nos prestan, precisamente debido a la lógica que impera en el sistema tecnológico, pues se trata de un sistema que jamás descansa y siempre distrae. Así que se vuelve cada vez más difícil entrar en un aula y pedir a los estudiantes que apaguen sus dispositivos electrónicos. Mucho más difícil es que lean la bibliografía que se le propone; no existe un listado de obras significativas, y muy pocos hablan de la lectura como una aventura del espíritu. Es como si nunca hubiésemos sabido que, desde un punto de vista existencial, la educación es una arriesgada aventura que consiste en que el ser humano intente —con la ayuda de la mediación e influjo de algunos adultos—, dejar de ser lo que ya es para transformarse en lo que podría llegar a ser. No es la respuesta a una necesidad previamente detectada, sino la aventura espiritual de un descubrimiento.

Cuando uno se atreve, en compañía de un maestro que sabemos no nos abandonará, a tratar con algo que supera las propias fuerzas, hacemos una experiencia que transforma nuestra conciencia al pasar de ser meramente alumnos para ser estudiantes: «Una universidad digna es sencillamente aquella que propicia el contacto personal del estudiante con el aura y la amenaza de lo sobresaliente» (Steiner, 1998, pp. 62-63). A menudo, la lectura de algunas grandes obras en compañía de nuestros maestros nos consuela de algunos sinsabores personales, pero el profesor o la profesora, nuestro maestro o nuestra maestra no están allí simplemente para darnos consuelo, como dice Elisabeth Finch en otro momento de la novela de Barnes.

En una de sus clases, en la que reflexiona sobre el monoteísmo (monomanía, monogamia, monotonía), una de las estudiantes, Linda, le pregunta qué tiene ella contra la monogamia. De inmediato se aprecia que la profesora no hace otra cosa que provocar, un poco socráticamente, a sus estudiantes: todos buscamos lo que es mejor para nosotros, advierte, y cuando lo alcanzamos ya es demasiado tarde. «Eso no es mucho consuelo —dijo Linda, con una especie de virulencia quejicosa—. La respuesta de su

profesora es clara y directa: «No me han contratado para consolarla —respondió Elisabeth Finch, con firmeza, pero sin asomo de reproche. Estoy aquí para ayudarlos a pensar, a argumentar y a desarrollar un criterio propio» (Barnes, 2023, p. 21).

Lo que ocurre en el aula es algo único que jamás se volverá a repetir. Desde el momento en que una simple referencia a una obra conduce a uno de sus estudiantes a salir corriendo hacia la biblioteca para llenar la mochila con los libros mencionados allí, la sensación es la de estar a punto de ponerse a conversar con los muertos que, cuando los libros comiencen a ser leídos, volverán a cobrar vida propia. Es algo insuperable. No tiene precio. No se puede evaluar, ni medir o calcular anticipadamente en sus efectos. El maestro no se limita a enseñar una materia o unos contenidos. Enseña un amor y una pasión: su amor por la materia, que es un tejido escrito en la historia, que al mismo tiempo que enseña encarna, hila y vuelve a tejerse dentro de otro. Enseña la historia de amor que tiene con lo que transmite: las horas de lectura y estudio, las notas de los cuadernos, los viajes y las andanzas. ¿Cómo incluir esto en alguna clase de «evaluación docente», como ahora se la denomina?

Accedemos a nosotros mismos a través de otro. El maestro, un hombre o una mujer adultos que han elegido el oficio de profesor (pero podría tratarse de un artista en otro campo de actividad), es un mediador en la existencia y en el deseo de saber, alguien que, al haber influido en una vida de una manera impactante, nos enseñado algo; es alguien que ha transmitido y abierto un mundo, un testigo que ofrece un testimonio. Ese adulto habla al joven de lo que ha visto, de lo que ha leído y escuchado, y le ofrece la posibilidad de hacer una experiencia de *intimidad* con el regalo que se le ofrece.

Lo íntimo (*intimus*) es lo muy o lo más interior. Es una vía de acceso al misterio, a lo secreto (*secretus*). La intimidad está arraigada en el arte de contar la vida, de poder narrarla (Marín, 2021, p. 76). Por eso vivimos: para decir la vida, para contarla. Por eso nos gusta escuchar o leer otros «decires», los relatos de otras vidas; por eso damos a leer historias, cuentos, libros y tratamos de educar a los más jóvenes a través de ellos: para que no se queden

“El maestro no se limita a enseñar una materia o unos contenidos. Enseña un amor y una pasión”



emparedados en el vacío y sin guion para su existencia; para protegerles de la aridez del mundo, que es como la desolación del dragón Smaug, en la segunda parte de *El Hobbit* de Tolkien; porque, a veces, este mundo nuestro es un árido desierto, carbonizado y ennegrecido por el ardiente aliento de los muchos dragones lo habitan.

En esta intimidad —de quien finalmente se ha puesto a pensar, a leer, a escribir gracias a un maestro que lo ha empujado a ello— tratamos de comprender qué está pasando con la vida y con el mundo. La intimidad activa entonces un espacio de suspensión de las relaciones habituales con el mundo y con los demás, pero no su negación. Tiene intimidad quien puede interiorizar y guardar en su interior algo más profundamente. La intimidad al descubierto, como al niño que se ha destapado durante la noche, hay que volver a cubrirla. Podemos pensar en Montaigne en su Torre, en Descartes en su alcoba con la estufa encendida o en Erasmo en su estudio; pero ahora mismo no estoy pensando en ellos, sino en Renée, la mujer conserje de un edificio en París. Una mujer regordeta y no muy agraciada físicamente, que es un poco arisca, pues pincha como lo hacen las espinas de los erizos, y que es elegante por dentro y muy cultivada. Es el personaje de la novela *La elegancia del erizo*, de Muriel Barbery (2006).

En lo más interior de su casa, en lo más interior de la cocina, tiene un cuarto repleto de libros donde se refugia para leer a la sombra del mundo. Allí se reencuentra con su dignidad leyendo a Hegel, a Tolstoi y a otros muchos. Al leer, despliega en su interior una vida intelectual que podemos llamar contemplativa. Y lo hace para poder actuar mejor en el mundo y saber a qué atenerse. Es un lugar de retirada, un asilo y un refugio; un repliegue del mundo, entendido como competitividad, como lucha, como poder o riqueza, como estatus, como prestigio social y vanidad, como ego y narcisismo, como falta de autenticidad. Es, sobre todo, una fuente de dignidad y un lugar de comunión que permite una conexión más profunda y amable con otros seres humanos. Hay una suerte de fraternidad, de amistad, de filiación espiritual ahí.

En compañía de los libros que leemos nos volvemos capaces de alcanzar, de vez en cuando, cierta clase de verdades. Descubrimos entonces que existe una comunidad más

amplia que la compuesta de nuestras particulares contingencias. Es la comunidad de quienes, en el transcurso de la historia, quisieron buscar la verdad y contemplar la belleza. Es una comunidad más esencial. Está formada por escritores y escritoras, por poetas, ensayistas, novelistas, filósofos, artistas y músicos, todos ellos nuestros educadores y maestros. Es la comunidad de los potenciales conocedores, de todos los seres humanos que anhelaron conocer, saber, rozar la belleza y pronunciar su nombre. Es una comunidad, ciertamente, de amigos, como Platón lo fue de Aristóteles, como Albert Camus de René Char, como Allan Bloom de Saul Bellow, como Esquines de Esfeto de su amado maestro Sócrates, como Montaigne de Étienne de la Boétie. Una comunidad de conversadores que de forma amable y cortés discrepan entre sí y se aceptan. En esa comunidad encontramos una verdadera amistad estudiantil. En esa comunidad podemos reconocernos. Al llegar a ella sentimos que hemos llegado al lugar correcto.

Cuando enseña, el maestro se hace signo y voz, y lo que transmite no es solamente un contenido, un objeto cualquiera, un cuerpo unívoco de información. El saber que comunica es mucho más que su mero protocolo de comunicación; nos pone delante de nuestros ojos cosas del mundo que antes ha recogido en la soledad de su estudio y nos anima a que las escuchemos. Nos dice: *«Dejadlas hablar, prestad atención, afinad bien vuestro oído, no tengáis prisa, no tengáis miedo; yo estaré a vuestro lado»*. Su enseñanza es el acto mismo de movilizar el deseo de saber, de llevar al otro a ser un sí mismo desplazado y conmovido por una suerte de pasión indescifrable. Pues la vida interior se alimenta no solo de intimidad y silencio, sino de la inquietud por alguna cosa, por algún asunto que nos pone a estudiar. El maestro transmite, sobre todo, lo que no dice: de hecho, lo muestra. Su comunicación es indirecta, y a menudo parece que en la transmisión de su saber hay una clase de engaño que adopta la forma de la ironía.

Llegamos al lugar correcto cuando nos encontramos con alguien que, como ocurre con algunos maestros, nos descubre quiénes somos y nos ayuda a crecer; no se limita a enseñar lo que en la sociedad ya encontramos, sino que nos lo pone delante para que lo estudiemos con atención y precisión. Ella lo supo de inmediato. Supo que había llegado al lugar correcto, y no se lo esperaba: fue todo

“Llegamos al lugar correcto cuando nos encontramos con alguien que [...] nos descubre quiénes somos y nos ayuda a crecer”



un acontecimiento. Lo supo tan pronto como se puso a pensar en ello tras su larga conversación con ese hombre, con ese maestro de pequeña estatura, piel oscura y mirada penetrante y nada invasiva: más bien se sintió abrazada al notarse mirada por sus ojos oscuros. Su mirada le descubrió, incluso ante ella misma, quién era en realidad. No había nada en el mundo de ella, en lo referente a la palabra «educación», que se pareciese mínimamente a lo que encontró allí, donde los contenidos que se enseñaban eran tejidos guiados por las fases de la luna. Más bien tenía que ver con la edad del espíritu, con el alma y con la tierra, con el universo y la búsqueda de equilibrios y compensaciones. Parte de ella se quedó allí, en esa universidad indígena de Colombia de la que nada supo hasta llegar allí. Sabía que necesitaría tiempo para digerir todo el alimento que recibió ese día, en compañía de su nueva amiga, que le facilitó el encuentro con el maestro y con la que, ahora lo sabía con certeza, volvería un día a ver otra vez y quizá muy pronto.

REFERENCIAS

Barbery, M. (2006). *L'Élégance du hérisson*. Gallimard.

Barnes, J. (2023). *Elisabeth Finch*. Anagrama.

Gusdorf, G. (2009). *¿Para qué profesores? Para una pedagogía de la pedagogía*. Miño & Dávila.

Marín, H. (2021). *Humano, todavía humano*. La Hurta Grande.

Steiner, G. (1998). *Errata. El examen de una vida*. Siruela.